

ALICIA ALTED VIGIL

**HISTORIA Y MEMORIA
DE LOS NIÑOS
DE LA GUERRA
(EN EL SIGLO XX)**



U.M.E.R.

UNIVERSIDAD DE MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA
SEDE SOCIAL: C/ ABADA, 2-4º1
28013 MADRID

HISTORIA Y MEMORIA DE LOS NIÑOS DE LA GUERRA (EN EL SIGLO XX)

Alicia Alted Vigil

Departamento de Historia Contemporánea
UNED-Madrid

Nota editorial: Se edita el cuaderno nº 14 bis en sustitución
del nº14 que se editó incompleto.

Subvencionado por:



HISTORIA Y MEMORIA DE LOS NIÑOS DE LA GUERRA (DEL SIGLO XX)

Alicia Alcega Vázquez

Departamento de Historia I y Prehistoria
UNED - Madrid

Reservados todos los derechos. No se permite la explotación económica ni la transformación de esta obra. Queda permitida la impresión en su totalidad.

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca

Sede Social: c/ Abada, 2-4º1

28013 Madrid

Depósito Legal: M-9355-2003

Maquetación: A.D.I. c/ Martín de los Heros, 66. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

Imprime: Gráficas JUMA

HISTORIA Y MEMORIA DE LOS NIÑOS DE LA GUERRA (EN EL SIGLO XX)

En toda sociedad los niños constituyen el núcleo más desvalido, el más fácilmente manipulable, el grupo humano en el que incide de manera más determinante cualquier alteración del entorno. Por ello no puede extrañar que en un conflicto bélico sean ellos, por activa y por pasiva, las primeras víctimas. La guerra, y más en el caso de una guerra civil, destruye todo la vida política, social y económica de una comunidad. Los niños contemplan, sin comprender, como la violencia y la crueldad de los adultos irrumpen en sus vidas cotidianas, en sus mundos infantiles de fantasías y de juegos, ven como se rompe el hogar familiar y se dispersan los miembros de la familia y quizás muchos de ellos se enfrentan por primera vez con la realidad de la muerte.

En este estudio intentamos comprender lo que han significado las guerras para los niños a lo largo del siglo XX, porqué ellos se han visto progresivamente implicados hasta llegar al fenómeno del “niño soldado”¹ tan característico de los conflictos de las últimas décadas y, por último, reflexionar sobre la manera como la recuerdan en su vida adulta, reflexión que haremos básicamente a partir de algunos ejemplos testimoniales referidos a niños que vivieron la guerra civil española de 1936–1939, una

¹ En este texto no abordamos el tema específico del “niño soldado”. Sobre el mismo existe una amplia bibliografía, así como informes y documentos de trabajo de diverso tipo elaborados por organizaciones humanitarias preocupadas por este problema, que se ha agravado en las últimas décadas. Una buena introducción al tema se puede ver en los libros: COHN, I. y GOODWIN-GILL, G.: *Los niños soldados. Un estudio para el Instituto Henry Dunant*, Ginebra. Madrid, Cruz Roja Juventud, 1997, 238 pp. y SEDKY-LAVANDERO, J. *Ni un solo niño en la guerra. Infancia y conflictos armados*. Barcelona, Icaria, 1999, 157 pp. En ambos libros se pueden encontrar referencias bibliográficas. También información en las direcciones de Internet <www.un.org/special-rep/children-armed-conflict> (de la ONU) y <www.child-soldiers.org> (Coalición para acabar con los niños soldados).

parte de los cuales se vieron abocados a un forzado exilio. No obstante, la esencia de sus recuerdos es fácilmente extrapolable a otros conflictos que han jalonado el siglo XX.

Y quizás nada mejor para introducirnos en el tema que la pregunta que todo niño hace y se hace a sí mismo: *¿Qué es la guerra?*. Porque la mayoría cuando son pequeños consideran que la guerra es una pelea entre soldados en un campo de batalla. Sin embargo, como recuerda en su “polibiografía” el escritor Miguel Salabert (tenía 5 años en 1936):

Las primeras noticias que tuve de los hombres fueron las bombas. Nadie tenía tiempo entonces para pensar en la responsabilidad del mundo ante los ojos abiertos de un niño. Pasábamos los días corriendo de casa al refugio y del refugio a casa (...). Mi padre estaba en el frente. Mi madre pasaba el día entero en las ‘colas’ a la espera del azar (...). Yo me quedaba en casa con mi tío Juan. Tío Juan estaba enfermo (...). Éramos los mejores amigos del mundo, tío Juan y yo. Me lo dijo él un día. Fue él quien me explicó la guerra. Yo creía que a un lado había soldados y al otro también. Pero él me dijo que a un lado de la guerra estaban los pobres y al otro los ricos

- Y nosotros, ¿somos pobres o ricos?
- Ni ricos ni pobres. Más pobres que ricos.
- ¿Y quiénes son los buenos, los pobres o los ricos?

Tío Juan sonrió y dijo:

– Ninguno de los dos. Nadie es bueno. Pero los pobres tienen razón. A ellos les es más difícil ser malos.

(...)

- ¿Y quién va a ganar la guerra, tío Juan?
- Nadie

– Entonces, ¿para qué vale la guerra?

Tío Juan no respondió².

² *El exilio interior*. Barcelona, Anthropos, 1988, pp. 19–20. Para su autor este libro no era una “novela autobiográfica”, trataba de ser una “polibiografía” en la que se reconocieran “muchos de los pocos lectores” de su generación, como indicaba en la introducción, p. 15.

Otro escritor, Luis Garrido, en una novela que recrea la guerra y la posguerra desde los ojos de un niño primero, adolescente después, interroga a su maestra Clara, sin acabar de entender muy bien el porqué de los hechos que contempla. Tenía 9 años en 1937:

Un domingo por la mañana me llevó la señorita Clara a la casa de sus padres. Vivían en un hotel muy bonito en una calle de Murcia que se llama *el Malecón*. A la entrada, una verja de hierro lo separaba de un gran edificio que me llamó la atención; era un hospital. Vi muchos hombres con brazos vendados, otros que se apoyaban en muletas para caminar sustituyendo con ellas la pierna que les faltaba. La señorita Clara me explicó que eran soldados.

– ¿Quién los ha herido?, pregunté.

– Otros soldados.

– ¿Y por qué? ¿Es que no se quieren?

– No, Paquito, ni siquiera se conocen. Disparan sin saber a quién van a herir.

– ¿Por qué lo hacen?

– Porque se lo mandan

Empecé a darme cuenta de la importancia que tenía la frase. Tal vez fuese la misma razón por la que no se podía rezar en la guardería³.

Estos ejemplos ponen en evidencia como ante situaciones inexplicables por ilógicas y absurdas, los adultos no saben que decir o sus respuestas resultan necesariamente ambiguas. Por su parte, los niños perciben la impotencia de los adultos a la hora de encontrar respuestas convincentes a sus preguntas.

La guerra con sus secuelas no es vivida de la misma forma por todos los niños. No es lo mismo la manera como la siente un niño de 5 o 6 años que un adolescente. Tampoco los sentimientos y percepciones son iguales en quienes se la imaginan, pero viven en un país en paz, que en aquellos que viven en un país en guerra y, en este último caso, en quienes se encuentran en zonas alejadas de los frentes de lucha o aquellos que se ven inmersos en zonas afectadas directamente por un conflicto bélico. También a la hora de enfrentarse a las secuelas de una guerra hay que tener en cuenta si los niños son hijos de los vencedores o de los vencidos, si han permanecido

³ *Los niños que perdimos la guerra*. Prólogo de F. Vizcaino Casas. Madrid, Edimundo, 1987, pp. 10–11

junto a sus familias o ha sido separados de ellas, si se quedaron en el país de origen o fueron evacuados a otros lugares en el mismo país o al extranjero. Si una vez terminada la guerra, aquellos niños evacuados al exterior retornan a su país de origen, se reagrupan con sus familiares en un país extranjero ya como exiliados o permanecen solos en el país que les acogió en un primer momento. Como se ve, las variables son muy diversas, pero evidentemente el recuerdo de esos acontecimientos vividos en una etapa temprana va a determinar la vida de esos menores ya adultos. Hay algunas experiencias y estudios sobre esta diferente manera de vivir la guerra, pero es sobre todo en las últimas décadas cuando se está empezando a tomar conciencia de la magnitud de un problema que afecta a la población infantil en una escala progresiva.

Si nos detenemos en la distinta manera como perciben los niños la guerra de acuerdo con su edad⁴, constatamos que los pequeños de 5 o 6 años tienen al respecto unas ideas muy ambiguas. Estudios de psicólogos sobre niños que sufrieron los efectos de la segunda guerra mundial han mostrado como esos niños conocían una gran variedad de términos relacionados con la guerra, pero no sabían a ciencia cierta lo que significaban, se daban cuenta de que la guerra era una lucha violenta entre seres humanos con intereses distintos y enfrentados, en la que podían morir, pero no llegaban a entender porqué se desencadenaba una guerra y cuales eran sus consecuencias, sobre todo en relación con la muerte. A los niños de estas edades les gusta pelearse entre sí y sus actitudes están muy influidas por el entorno familiar. Les atraen los artilugios bélicos y para ellos las guerras tienen lugar en un campo de batalla donde ganan los buenos y pierden los malos, sin saber a ciencia cierta quienes son unos u otros.

A los 8 o 9 años los niños comprenden más claramente lo que son las guerras y empiezan a tomar conciencia de que éstas inciden en la población civil. Son conscientes del efecto destructor de todo conflicto bélico y también de lo que puede suponer de pérdida y ruptura de su mundo familiar. Se dan cuenta de que las guerras obedecen a unas causas, pero no comprenden muy bien como se desencadenan y consideran que quienes empiezan una guerra son los malos y los que se defienden los buenos. Aunque les gusta jugar con armas, condenan la guerra como hecho en sí de los adultos.

Elena Martínez Vircondelet tenía ocho años en 1938 cuando fue evacuada en una de las últimas expediciones organizadas por el gobierno de la República española a la Unión Soviética. De los momentos inmediatamente anteriores recuerda:

⁴ Seguimos aquí básicamente el planteamiento de J. DELVAL y C. DEL BARRIO en "Las ideas de los niños acerca de la guerra y la paz", en: MORENO MARTÍN, F. y JIMÉNEZ BURILLO, F. (Coord.): *La guerra, realidad y alternativas*. Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1992, p. 165 y ss.

Para salvarnos de los peligros de la guerra [mi madre] envió a Rusia a mis hermanos y a mi hermana en 1937. Yo me quedé con ella porque era la más pequeña. Vivíamos las dos en Barcelona. Mi madre creía que les envió a Rusia a mis hermanos sólo para unos meses. Después, cuando los bombardeos se hicieron muy frecuentes, mi madre me dijo que quería salvarme a mi también y que ella iría también a Rusia, cuando saliera mi padre de la cárcel. Era en 1938, yo ya tenía 8 años y mi madre me dijo que allí iría a estudiar y estar con mis hermanos. Así fue. Y ya nunca más vi a mi madre. Cómo decía mi madre, la guerra civil destruyó nuestro feliz hogar, nos quitó a nuestros padres de nuestro lado y crecimos sin su cariño y cuidado. Hasta ahora siento como se me encogió el corazón cuando mi madre me dijo que ya no había otro remedio y que yo me tenía que ir lejos de ella a un país tan lejano y desconocido⁵.

María Luisa Elío en su *Cuaderno de Apuntes* evoca a una niña de 9 años que trata de entender, con sus grandes ojos inquisidores, lo que es la guerra:

En aquellos días en que ocurrió, aún era yo muy niña, qué diera yo por ser tan niña ahora, si es que acaso he dejado de serlo. Y entonces, había algo en las calles, algo en las casas, que después desapareció con aquella guerra, aquella guerra que aún veo por los tejados de las casas, aquella guerra que apareció un día en el grito de la mujer⁶.

A los 10-11 años se produce un cambio significativo en los niños. Se perfilan mejor los conceptos sobre la guerra. Ya no la ven como esa dicotomía de soldados buenos y malos que se enfrentan en un campo de batalla sino como algo inevitable que afecta a muchas personas y que obedece a unas causas muy diversas. Estas ideas se refuerzan con los conocimientos históricos que adquieren en las escuelas. En cualquier caso la paz es lo deseable, pero si un país ataca a otro, este tiene que defenderse. En los últimos años se ha producido además una progresiva toma de conciencia de niños de estas edades hacia los efectos devastadores de las armas modernas o de las minas anti-personas. Esta sensibilización es tanto más necesaria por la presión

⁵ Testimonio enviado por Elena Martínez Vircondelet a A. ALTED, E. NICOLÁS y R. GONZÁLEZ, autores del libro: *Los niños de la guerra de España en la Unión Soviética. De la evacuación al retorno (1937-1999)*. Madrid, Fundación Francisco Largo Caballero, 1999, 361 pp., como respuesta a un cuestionario previo (1998).

⁶ Este fragmento forma parte del breve relato *En el balcón vacío*, recogido en su *Cuaderno de Apuntes*, que sirvió de base para la elaboración del guión de la película del mismo nombre escrito por María Luisa Elío, niña de la guerra exiliada en México junto con su madre y hermana. La película se rodó en este país en 1961 y fue íntegramente protagonizada por refugiados españoles que habían llegado a México como adultos o niños y por hijos de unos y otros ya nacidos en este país. Con claros referentes simbólicos, la niña protagonista toma conciencia por primera vez de que la guerra "ha llegado", cuando desde una de las ventanas de su casa ve como unos guardias civiles detienen a un hombre al que había delatado una mujer con el grito de "al rojo", "al rojo", "que no escape". Sobre la película puede verse el monográfico *En el balcón vacío: película del exilio español*, coordinado por A. ALTED. *Archivos de la Filmoteca*, Valencia, 33, octubre de 1999, pp. 125-167.

publicitaria a la que los menores se ven sometidos por la industria de los juguetes. Es también importante comprobar como a estas edades los niños son fácilmente manipulables por la propaganda, de ahí que presenten una mayor vulnerabilidad que los de otras edades.

José Luis López de los Ríos era un niño nacido en Valmaseda (Santander) en 1927 que fue evacuado a la Unión Soviética en septiembre de 1937. Desde la Casa de Niños de Jarkov escribía a sus padres y hermanos en diciembre de ese año:

Nosotros nos figuramos que nosotros es tareis bajo los bonbardeos fascista causando muerte y muchos eridos. Nosotros tenemos noticias de España y cines de los bonbardeos y de elfrente... Madre yo cuando sea amayor y re a defender españa mui fuerte aqui es tudiamos la care raqueceramos unos es tudian paraabiador y otros para fusil y otras cosas yo es tudio para fusil de caballeria... Quandoseamos mayores y remos todos juntos a defender a españa y a nuestros pade y hermanos no pasaran esos cobardes facitas y pasaremos apastando el facismo as taganar la España roja⁷.

Hasta que el niño no llega a la etapa de la adolescencia no se puede decir que tiene una comprensión plena del hecho de la guerra, esto va parejo con el desarrollo de su pensamiento abstracto y con el estudio más en profundidad de los fenómenos históricos. Así, recuerda Pedro López Fernández, nacido en Portugalete, Bilbao, en 1924:

A mediados del año 1936 estalló la guerra civil española. Para mi y para muchos niños del barrio nos parecía que la guerra era una cosa romántica, nueva y casi divertida. Así es la niñez. Muy pronto empezaron a llenarse de heridos y mutilados los hospitales. Llegaron a muchas familias las noticias de las muertes de los maridos e hijos en los frentes. Eso era terrible. Los aviones alemanes bombardeaban las ciudades (...). Yo en el tiempo de la guerra también trabajaba en distintos sitios para ayudar a la familia (...). Yo no me acuerdo cuando exactamente mis padres me comunicaron que iba a ser evacuado a la URSS, pero yo pienso que fue dos o tres meses antes de la misma evacuación. La evacuación si no me equivoco fue en el mes de julio de 1937. O sea, yo estuve en España en tiempo de guerra algo más de un año. La decisión de mi evacuación a la URSS yo la recibí sin entusiasmo. Yo no quería ir a ninguna parte. Un poco antes de la guerra estuve 6 meses en un sanatorio cerca de Guernica y yo sabía muy bien que era vivir lejos de la familia. El sanatorio se llama-

⁷ En la transcripción del fragmento de la carta se conserva la grafía original. Archivo de la Guerra Civil, Salamanca, PS Santander "O" 51/7. Sobre la manipulación de los niños por la propaganda de guerra resultan de interés algunos de los aspectos contenidos en el libro de S. AUDOIN-ROUZEAU : *La guerre des enfants, 1914-1918. Essai d'histoire culturelle*. París, Arman Colin, 1993, 186 pp.

ba Pedernales. Yo no quería ir a la URSS por la mala impresión que tenía de ese país después de ver las películas "El camino de la vida", "Chapaek" y alguna más⁸.

El testimonio de Elena Martínez y este último reflejan uno de los muchos problemas que se plantean en relación con los niños ante un conflicto bélico: la separación de sus familiares. Se tiende a justificar la separación de los menores como algo necesario para protegerles de los peligros en zonas cercanas a los frentes de lucha o bien, en los casos de ataques o asedios a núcleos urbanos, con objeto de no tener que cuidar y alimentar a una población pasiva. Los investigadores sociales no acaban de ponerse de acuerdo sobre la manera como viven los niños esas separaciones y las repercusiones que pueden derivarse para su vida adulta. Sin embargo, aunque algunos minimicen los posibles efectos traumáticos, sobre todo en los casos en los que el niño va acompañado de hermanos, primos o amigos; la mayoría considera que lo que más afecta emocionalmente a un niño es la separación de sus familiares más cercanos, en especial de la madre, y la ruptura con su entorno cotidiano. Ello crea en los menores inseguridades y en ocasiones graves desequilibrios.

En el inicio de su novela sobre *Los niños que perdimos la guerra*, Luis Garrido abunda en la línea de lo que decimos al relatar su propia experiencia:

Hacía casi un año que me habían separado de mis padres. A pesar de mis pocos años comprendí que había sido a la fuerza y contra la voluntad de mi madre, porque ella protestaba y hablaba mal del director del colegio y de los otros profesores y hasta llegó a discutir con el Víctor, el panadero, que era el jefe de la comisión de refugiados infantiles y que además era vecino nuestro y siempre andaba diciendo que los chicos debían ser enviados a Francia o a Rusia para salvarlos de las manos de "la hiena fascista". Después, al cabo de los años supe que mi amigo Andrés y su hermana Pilar se salvaron de aquello tan bien que ni sus padres han vuelto a saber adónde fueron a parar. Y por eso me alegré mucho de que mi madre dijese que yo no salía al extranjero. Pero, el Víctor, el panadero, tenía mucha autoridad, porque llevaba un mono azul y un pistolón muy grande en la cintura y al final consiguió que me llevasen a la guardería de Murcia (...). Total, que un día me subieron a un tren con muchos otros niños y nos despedimos de nuestros padres, que lloraban en el andén de la estación, y que aún trataban de discutir con los jefes de la expedición⁹.

En este recorrido por el proceso psicológico de desarrollo de un niño y su comprensión del fenómeno de la guerra, nos damos cuenta de que lo que resulta real-

⁸ Testimonio enviado por Pedro López Fernández a los autores del libro citado en nota 5, como respuesta a un cuestionario previo (1999).

⁹ Op. cit., en nota 3, pp. 3-4.

mente trágico es que los niños que se ven inmersos en un conflicto bélico, sufren por algo que no entienden. “De todas la calamidades que pueden sobrevenir a un niño (o a cualquier persona) —escribe Peter Townsend— no hay otra peor que hacerle sufrir y morir ignorando el motivo. Un hombre sabe más o menos por qué va a la guerra. Un niño, no, a menos que se le haya efectuado un lavado de cerebro, e incluso en este caso termina siendo víctima de una violencia en cuya gestación no ha tomado parte”¹⁰.

Los niños que han sobrevivido a una guerra vivida de forma directa consideran que su infancia les fue robada, se ven a sí mismos, en cierto sentido, como una generación perdida. Y esto es así porque pocos son los niños que salen indemnes de los conflictos bélicos. Los que no mueren en el curso de los mismos, arrastrarán el resto de sus vidas secuelas físicas y/o psicológicas: el hambre, las enfermedades, el terror a los bombardeos aéreos o al estallido de las bombas, a los disparos de las armas de fuego ligeras, de la artillería...; la separación de sus seres queridos, la ruptura abrupta de su mundo de infancia, la destrucción de su entorno geográfico, la muerte... De esta manera, la guerra se convierte en algo con lo que los muchachos deberán convivir el resto de sus vidas, los recuerdos empañarán muchos momentos de su transcurrir cotidiano durante el día y alimentarán pesadillas durante el sueño.

Existen numerosos relatos autobiográficos en los se evoca, desde la atalaya del tiempo transcurrido, ese primer contacto infantil con una muerte violenta como es la que se produce en un conflicto bélico. Miguel Salabert en el libro aludido recuerda esa sensación que ya le acompañaría siempre:

Me escapé del refugio una tarde, en pleno bombardeo. Fue entonces cuando vi por vez primera morir a un hombre. Un ruido tremendo, ¡buuum!, un aluvión de cascotes; un hombre por el aire que aterrizó con la cabeza destrozada. La cabeza del hombre no abandonó durante mucho tiempo mi memoria. Volvía una y otra vez a mis sueños, de los que me despertaba dando gritos¹¹.

Y en otro relato autobiográfico, *El primo Rafael*, Jesús Fernández Santos, que había nacido en Madrid en 1926, reproduce también ese inesperado encuentro con la muerte:

— ¿Has visto algo?

— Hay trincheras —respondió el primo—, pero están vacías. Vente, verás

¹⁰ En *El grito de los niños*. Madrid, Ultramar, 1980, p. 16.

¹¹ Op. cit, en nota 2, p. 19.

(...)

Tres grandes trincheras, con escombros volcado hacia la cumbre, formaban una uve prolongada. La mirada medrosa del pequeño (el propio autor) no descubrió ningún soldado. Preguntó a su primo:

– ¿Qué buscas?

Rafael no contestó. Hurgaba en los escombros, apartando tras sí la hojarasca

(...)

El pequeño también buscaba arriba, entre los troncos resinosos (...). Se preguntó qué sería aquella forma oscura que inmóvil negreaba al pie del tronco. De pronto, el viento dejó de agitar la pinocha y llegó un olor penetrante que parecía filtrarse hasta los mismos huesos.

Corría monte abajo. Cruzó lejos del primo Rafael, que le siguió asustado, tropezando, arañándose piernas y brazos. Sólo en la colonia se detuvo el pequeño.

– Calla, calla, te van a oír. Te oyen desde tu casa.

Pero sólo podía llorar. Cada vez más. Todo su cuerpo se agitaba. El mayor, asustado, le decía:

– Era un perro. Era un perro quemado...

– No... no.

– Si lo vi yo. Lo vi antes. La primera vez...

– No – repitió el pequeño.

Lo recordaba bien. Recordaba las piernas intactas, sin quemar, y las botas retorcidas, abiertas¹².

La guerra entraña una muerte violenta por el efecto de un bombardeo, de disparos de armas ligeras o de la artillería, por el estallido de una bomba, y es precisamente esta forma de morir, de destrozo de una vida hasta en sus más íntimas entrañas, lo que quedará grabado para siempre en la memoria de los niños. Un niño de la guerra de España, Juan Jordá, hoy pintor y con residencia en Toulouse, nos decía cuando le

¹² Recogido en *Los niños de la guerra*. Selección, prólogo, semblanzas, biografías y comentarios de J. Rodríguez Aldecoa. Madrid, Anaya, 1994, pp. 42–43.

entrevistamos en 1993: "Creo que de naturaleza siempre he tenido un sentimiento un poco dramático de la vida y se puede ver en mi pintura, quizás ciertas anécdotas que pueden transpirar esos acontecimientos. Por ejemplo hasta el momento he pintado muchos bombardeos debido a la memoria de las cosas vividas"¹³.

En este sentido, Aldous Huxley en su introducción a una colección de 60 dibujos pintados por niños españoles alojados en colonias durante la guerra civil española, subrayaba como casi todos esos dibujos contenían representaciones de aviones. Estos objetos eran "para los niños y niñas de España el símbolo de la civilización contemporánea (...). Para cientos de miles de niños españoles, así como para millones de niños chinos, el avión, con sus bombas y ametralladoras, es el objeto que, en el mundo en que vivimos y que hemos contribuido a construir, resulta más significativo e importante que todos los demás"¹⁴.

Pero esos aviones que tanto asombro causaban a los niños también les provocaban un terrible miedo por el ruido que producían y los efectos destructores de las bombas que lanzaban. Resulta curioso ver como en los dibujos de niños sobre una guerra que han vivido de manera directa, siempre están presentes los aviones con sus bombas aniquiladoras. Ahora bien, los dibujos no sólo nos muestran como ven o sienten los niños una guerra, sino que además se utilizan como terapia, ya que son una manera, mucho más sencilla y expresiva que el habla o la escritura, de que los pequeños puedan enfrentarse a algo que les ha provocado un profundo trauma. Son, pues, un primer paso en el proceso de ayuda a los muchachos para liberarles de aquello a lo que no se atreven a hacer frente por sí mismos. Y esto es así porque "cualquier investigador interesado en comprender como piensan y sienten los niños podrá tener en consideración las posibilidades que, de cara a este objetivo, le ofrecen las producciones plásticas infantiles. Los estudiosos del dibujo infantil en general han partido de la idea de que los cambios que se manifiestan en las producciones plásticas infantiles

¹³ Véase: ALTED, A. (coordinadora) y RIGAUD, G. (realizador): *Exilios. Refugiados españoles en el mediodía de Francia*. Audiovisual de 53 minutos de duración. Madrid, UNED, 1994.

¹⁴ *The Still Draw Pictures. A Collection of Sixty Drawings Made by Spanish Children during the war*. J. A. WEISSBERGER ed., Introduction by Aldous Huxley. New York, Oxford University Press, 1939. En la Biblioteca Nacional de Madrid se conserva una amplia colección de dibujos y también hay pequeñas muestras en otras instituciones y colecciones privadas. Mencionemos la colección de 153 dibujos conservados en la Avery Library de la Universidad de Columbia, con los cuales se organizó una exposición en el Spanish Institute de Nueva York en 1986. Algunos dibujos se recogen también en el libro *Los niños españoles y las Brigadas Internacionales*, Barcelona, Comité Pro-niños españoles de las Brigadas Internacionales, 1938; que contiene abundante material fotográfico relativo a la labor de ayuda a los niños por parte de los brigadistas.

son cambios originados por la propia evolución de los procesos cognitivos, afectivos y sociales de los niños”¹⁵.

Los niños han sido desde los albores de la historia víctimas inocentes de la violencia y enfrentamientos de los adultos, podemos encontrar muchos ejemplos a lo largo de los siglos. Peter Townsend recuerda algunas atrocidades cometidas contra ellos en diferentes lugares y épocas. Pero han sido en los conflictos que han jalonado el siglo XX donde los niños se han visto inmersos de la manera más despiadada. La primera guerra mundial fue el primer ejemplo de lo que se conoce hoy en día como guerra total. En ella la población civil, incluidos los niños, fueron blanco consciente de las tácticas de lucha del enemigo, en especial de una forma de ataque desconocida hasta entonces: los bombardeos aéreos. También en ella se iba a hacer uso de otras prácticas que incidirían muy negativamente en la parte de la población civil más débil: los asedios a objetivos de distinta naturaleza y a ciudades y las deportaciones forzosas de grupos humanos.

Pero la guerra no terminó cuando cesaron las hostilidades y se produjo el alto el fuego. Entonces los países contendientes se tuvieron que enfrentar al proceso de reconstrucción y las naciones derrotadas a una durísima posguerra. En la guerra perdieron la vida 10 millones de soldados y 10 millones de civiles. Las secuelas de la misma produjo otros 20 millones de víctimas. Las humillaciones y resentimientos derivados de los tratados de paz (sobre todo del Tratado de Paz de Versalles) fueron uno de los gérmenes de la aparición de estados totalitarios en la Europa de los años veinte y treinta y de las radicalizaciones de posturas ideológicas, políticas y sociales que llevaron a la segunda guerra mundial. En este proceso de radicalización no se puede desdeñar el importante papel que ejerció la Revolución de 1917 en Rusia.

En julio de 1936 se inició la guerra civil española al sublevarse un grupo de militares contra el régimen republicano. Desde los primeros momentos, las ofensivas del ejército de Franco provocaron desplazamientos de la población civil a zonas alejadas de los frentes de lucha. Las primeras evacuaciones tuvieron lugar ante la caída de Irún y San Sebastián, en septiembre de 1936, y el asedio de Madrid, en noviembre de ese mismo año. La ofensiva en el Frente Norte, en la primavera y verano de 1937, y especialmente los bombardeos aéreos de la Legión Cóndor, llevaron a la organización de expediciones oficiales de niños para su evacuación a colonias situadas en la zona costera mediterránea o al exterior. A lo largo de la guerra fueron evacuados a varios países europeos cerca de 30.000 niños. A México fueron los llamados “niños de Morelia”, 456 niños y niñas invitados por el Presidente Lázaro Cárdenas. En

¹⁵ HERNÁNDEZ BELLVER, M. y ULLÁN, A. M.: “El MUPAI (Museo Pedagógico de Arte Infantil) como contexto de investigación”, en *El arte de los Niños*. Madrid, Fundamentos, 1995, p. 25.

marzo de 1939 se encontraban en Francia unos 70.000 niños acompañados en su mayor parte por sus familiares. De otro lado, 50.000 niños fueron llevados durante la guerra a colonias de la zona costera mediterránea o alojados en familia. Una parte de los niños evacuados al exterior fueron repatriados en los primeros momentos de la posguerra. Otros se convirtieron en exiliados forzosos en el país que los había acogido. En función de éste, sus trayectorias vitales fueron muy diferentes. Cuando hoy hablamos con ellos, hombres y mujeres, guardan dentro de sí el sentimiento amargo de que la guerra les robó un pedazo de infancia o de adolescencia marcando su trayectoria de vida quizás ya para siempre.

La segunda guerra mundial mostró hasta límites difícilmente imaginables a donde podía llegar el ser humano en su maldad. En ningún conflicto bélico hasta entonces los fenómenos de éxodos y deportaciones habían alcanzado las dimensiones que adquirieron ahora. A esto habría que añadir el deseo de exterminio de todo un pueblo (el judío) y de grupos étnicos y sociales. En cálculos aproximados la guerra se saldó con 55 millones de muertos, 35 millones de heridos y 5 millones de desaparecidos. En relación con la población civil, nunca en la historia de la humanidad las pérdidas fueron tan importantes: 1 millón de víctimas de los ataques aéreos. La lucha de los partisanos resistentes y los exterminios en masa se saldaron con una cifra que oscila entre 4 y 5 millones; las deportaciones a campos de trabajo y de concentración, las represalias y los éxodos forzados ocasionaron la muerte de cerca de 30 millones de personas. A esto se tienen que sumar los desplazamientos de población tras la firma de los tratados de paz y los reajustes de fronteras. Como consecuencia de ello cerca de 30 millones de europeos debieron abandonar sus países de origen. Entre tantas tragedias como tuvieron lugar entre 1939 y 1945, nos podemos detener en una vivida de forma directa por un grupo de adolescentes y jóvenes españoles: el asedio de Leningrado.

Entre 1937 y 1938 habían sido evacuados a la Unión Soviética 2.895 niños españoles acogidos en las llamadas Casas de Niños, bajo la supervisión y el cuidado de educadores y personal auxiliar ruso y español¹⁶. Dos de esas Casas se encontraban en Leningrado, la nº 8 para niños y la nº 9 para jóvenes. Ésta última fue disuelta en los primeros días de la invasión alemana a la URSS, en junio de 1941, y la mayor parte de los jóvenes que se encontraban en ella se alistaron como voluntarios en el Ejército Rojo o fueron a trabajar a las fábricas. En agosto de ese año los alemanes se encontraban a las puertas de Leningrado. La ciudad resultaba muy vulnerable por su falta de defensas en la zona sur y sudoeste, pero Hitler, en lugar de ordenar su asalto, decidió asediarla y rendirla por hambre. De esta forma y sin preverlo se produjo una de las mayores gestas de la guerra. El asedio duró 900 días y sus 3 millones de habitantes sufrieron por los continuos bombardeos, pero sobre todo por el frío y el hambre.

¹⁶ Para una profundización en este tema puede verse el capítulo 4 del libro citado en la nota 5, pp. 95-126.

Un error de táctica de las autoridades soviéticas (aunque no se podía prever la duración del asedio, querían convertir en héroes a los resistentes), impidió que se evacuara a la parte no activa de la población civil: los niños y los ancianos. La población se aprestó a construir defensas y aunque se intentó ayudar desde fuera a los asediados a través del Lago Ladoga, los suministros que llegaban eran muy escasos. A esto hay que añadir que el invierno de 1941–1942 fue uno de los más fríos del siglo. Pronto el hambre empezó a hacer estragos, alcanzándose la cota más alta en febrero de 1942, mes en el que murieron una media de 10.000 personas al día, sobre todo niños y ancianos. Una pequeña parte de la población civil pudo ir saliendo a través del Lago Ladoga, helado en invierno. Los siguientes inviernos fueron más benignos. El 13 de enero de 1943 los soviéticos lograron abrir un estrecho pasillo junto a la costa sur del lago para mejorar los aprovisionamientos. El asedio terminó el 27 de enero de 1944. Aunque la cifra oficial de muertos fue de unos 600.000, en su mayoría a causa del hambre, en realidad fue superior, incluso podría acercarse al millón. En el asedio de la ciudad murieron 70 españoles, de los cuales 46 eran niños o jóvenes.

Isabel Argentina Álvarez Morán era una de las jóvenes españolas que vivió el asedio como estudiante de enfermería. Su evocación llena de plasticidad nos acerca a esa tragedia:

Aquel invierno [el de 1941–1942] fue terriblemente frío, la temperatura llegó a 40° bajo cero, la gente se caía en las calles y moría congelada. Las paredes de las habitaciones parecían neveras. Los frecuentes bombardeos y el frío nos obligaron a trasladarnos para el sótano y allí dormíamos, trabajábamos niñas y varones. El frío acabó con todo lo que podía quemarse y hasta el gato de la casa fue víctima de la cazuela.

Nosotros seguíamos trabajando en la enfermería, donde iban a parar los muchachos que no podían ya ni caminar y la siquis se tornaba totalmente alterada, incontrolable, hasta que finalmente se morían trastornados por el efecto del hambre, el escorbuto y la inanición.

El invierno era muy frío, pero el lago Ladoga, que era la única vía para el paso del suministro a Leningrado, no acababa de congelarse y por barcas era muy poco lo que podía introducirse. Por fin, a finales de año se formó la capa de hielo y a costa de grandes riesgos se abrió el llamado “Camino de la Vida”. Apenas sin combustible, con los más diversos vehículos comenzó la circulación sobre aquellos hielos, transportando víveres, medicamentos, armas y todo lo que se podía, a la vez que de regreso se evacuaba de Leningrado a la población casi moribunda.

El 24 de marzo [de 1942] salimos de Leningrado. El Gobierno ordenó evacuar a todos los españoles [de la Casa nº 8] que sobrevivieron al asedio...¹⁷.

¹⁷ Isabel A. Álvarez Morán había nacido en 1923. Sus recuerdos los ha plasmado en una autobiografía inédita, *Memoria de una niña de la guerra*, de la que procede este fragmento. Véase el libro citado en nota 5.

En la primera guerra mundial las bajas de población civil supusieron un 15 por ciento del total de muertos. La cifra se elevó a un 65 por ciento durante la segunda guerra mundial. Entre 1945 y 1992 el total de pérdidas humanas generadas por las guerras alcanzó a 23 millones de personas de las que 15 millones eran civiles. En los años noventa más del 90 por ciento de los muertos en las guerras ha sido población civil, en especial niños. Graça Machel, viuda del presidente de Mozambique Samora Machel y esposa de Nelson Mandela, fue durante 10 años Ministra de Educación en Mozambique. Su labor en pro del desarrollo de la educación en un país que presentaba uno de los mayores índices de analfabetismo de África y a favor de los niños refugiados, le ha hecho acreedora de numerosas distinciones, entre ellas de la Medalla Nansen. En 1994 el Secretario General de Naciones Unidas, Boutros Boutros-Ghali, le encargó la elaboración de un Informe sobre la repercusión de los conflictos armados en los niños por el que recibió el Premio Príncipe de Asturias. Graça Machel comenzaba su comentario personal al Informe con estas palabras:

En el decenio pasado, 2 millones de niños han muerto en los conflictos armados. Un número tres veces mayor han sufrido heridas graves o discapacidades permanentes. Millones más han sido obligados por la fuerza a presenciar o incluso participar en actos horribles de violencia. Es imposible ofrecer estadísticas precisas de esta carnicería. Los cálculos más conservadores de que disponemos disimulan el número de niños cuyas muertes se han ocultado y permanecen sin registrar, las muertes que se han borrado de la memoria de la humanidad cuando se ha aniquilado a familias y comunidades enteras. Y, sin embargo, está claro que los niños son cada vez más un objetivo de los conflictos armados, en lugar de una víctima incidental¹⁸.

Cabe preguntarse porqué las guerras de las últimas décadas se ceban de manera tan determinante sobre la población civil y con preferencia en los niños, a pesar de los esfuerzos desplegados por la ONU y las organizaciones humanitarias internacionales. Para poder dar una explicación hay que tener en cuenta donde se producen los conflictos bélicos, la repercusión en los mismos del desarrollo tecnológico y el carácter que presentan. En primer lugar, desde los años cincuenta las guerras han estallado en países en vías de desarrollo o subdesarrollados. De los más de 150 conflictos graves que se produjeron en el mundo desde finales de la segunda guerra mundial, 130 se libraron en países en vías de desarrollo. La mayoría de estos países eran antiguas colonias que accedían a la independencia en circunstancias conflictivas, derivadas en largas guerras que minaban la infraestructura económica y social del país. Un ejemplo paradigmático puede ser Mozambique, antigua colonia portuguesa. El 25 de junio de 1975, el entonces presidente del FRELIMO (Frente de

¹⁸ *Repercusiones de los conflictos armados en los niños*. Informe de Graça Machel. Experta del Secretario General de las Naciones Unidas. Nueva York, UNICEF-ONU, octubre de 1996.

Liberación de Mozambique), Samora Machel, proclamaba la independencia del país. Dos años después se producía un enfrentamiento entre el FRELIMO y la RENAMO (Resistencia Nacional Mozambiqueña) que llevó a una guerra civil de 16 años de duración. En ella murieron 1.050.000 personas de las que 1.000.000 eran población civil. Además hubo 4.000.000 de desplazados y 1.500.000 de refugiados. Por otra parte durante los años de la guerra se sembró el país con más de 2.000.000 de minas anti-personas.

En segundo término, el continuado crecimiento de la industria bélica y la rápida evolución tecnológica en este campo, necesita de “mercados de consumo” y de “zonas de experimentación”. Ese desarrollo tecnológico se orienta en la línea de multiplicar los efectos destructores de las armas sobre todo de las minas anti-personas, pero haciendo que el atacante se mantenga lo más lejos posible de sus blancos de ataque. Esto lleva consigo una despersonalización de las víctimas. Son las llamadas “guerras limpias”, de las que la Guerra del Golfo puede servir de ejemplo.

A esto hay que añadir, por último, la nueva naturaleza que presentan los conflictos bélicos en las últimas décadas. Ha pasado ya a la historia la visión de una guerra como enfrentamiento entre soldados en campos de batalla alejados de los núcleos habitados. Ahora la mayoría de los enfrentamientos no son luchas entre países, sino dentro de ellos y donde los factores étnicos, religiosos o socioeconómicos juegan un papel determinante. Estas guerras son en cierta medida guerras civiles o confrontaciones “subversivas” entre fuerzas civiles o “paramilitares” y fuerzas gubernamentales. En este tipo de conflictos armados no existen líneas de frente y se considera que el enemigo está en todas partes. Además se piensa que para destruir a los adversarios nada mejor que acabar con quienes están llamados a sucederles: los niños. Estas guerras destruyen el país y lo hipotecan durante muchos años porque atacan contra toda la sociedad y no sólo contra quienes combaten en líneas de frente definidas. Y los problemas no acaban cuando cesan los disparos. Comienza entonces la labor de reconstrucción de un país en ruina con una población traumatizada por los efectos de la guerra y con un medio ambiente completamente alterado, lo que dificulta la puesta en marcha de programas de reconstrucción económica. Especial gravedad reviste el hecho de las minas terrestres.

Entre 1980 y 1995 más de un millón de personas murieron o quedaron mutiladas por efecto de las minas anti-personas. De ellas 400.000 eran niños o adolescentes. Se estima que en la actualidad hay 110 millones de minas diseminadas en 64 países del mundo. Hasta la segunda guerra mundial las minas terrestres se utilizaban con un carácter defensivo e iban dirigidas a objetivos concretos. En los conflictos de las últimas décadas, en cambio, las minas se utilizan como arma para aterrorizar a la población y se diseminan por todas partes. Esto provoca el éxodo de las personas de

los lugares minados, además de producir un daño considerable en los ecosistemas de esas zonas. Las graves consecuencias derivadas de la utilización de las minas ha provocado una sensibilización a escala internacional de personas e instituciones que abogan por su supresión, aunque esto no se ha logrado todavía porque son muchos los intereses en juego para los países productores de minas, entre los que Estados Unidos ocupa el primer lugar¹⁹.

Es difícil imaginar hasta donde puede llegar la mente humana en su odio hacia el contrario y en su afán de destrucción. Los medios de comunicación, los juguetes bélicos, los juegos de ordenador... son caldo de cultivo de acciones violentas. Es necesario que las sociedades tomen conciencia y presionen a los gobiernos para que las jóvenes generaciones sean educadas realmente para la paz, una paz justa y solidaria.

Un niño nacido en Pula (Croacia), que en 1994, en plena guerra en la antigua Yugoslavia, tenía 10 años, expresaba de esta forma su deseo y el de tantos otros niños que vivían y sufrían la guerra en su país:

Si yo fuera presidente
los tanques serían casitas para que jugaran los niños.
Bolsitas de caramelos caerían desde el cielo.
Los morteros dispararían globos de colores.
Y en los campos crecerían las flores.
Todos los niños del mundo dormirían
en paz, sin el ruido de alertas y disparos.
Los refugiados volverían a sus hogares.
Y empezaríamos de nuevo²⁰.

¹⁹ Una interesante síntesis de los aspectos que tratamos en esta última parte se puede ver en: MONESTIER, M.: *Los niños esclavos. El infierno diario de trescientos millones de niños*. Prólogo de J. Ruiz-Giménez. Madrid, Alianza, 1999, en especial pp. 217-310

²⁰ Poema recogido en el libro *Sueño con la paz. Imágenes de la guerra por niños y niñas de la antigua Yugoslavia*. Madrid-Barcelona, UNICEF-Folio, 1994, p. 72.

DATOS BIOGRÁFICOS

Alicia Alted Vigil (Madrid, 1953). Profesora Titular en el Departamento de Historia Contemporánea de la UNED, Madrid. Sus investigaciones tienen como eje la historia política y sociocultural españolas en el siglo XX.

Ha publicado más de setenta monografías en obras colectivas y publicaciones periódicas. Ha colaborado en la edición de libros colectivos (*La oposición al régimen de Franco*, UNED, Madrid, 1990, 3 vols.; *Triunfo en su época*, Madrid, Casa de Velázquez - Ediciones Pléyade, 1995, 825 págs.; *Manuel Azaña. Pensamiento y acción*, Madrid, Alianza, 1996, 386 págs.; *Literatura y cultura del exilio español de 1939 en Francia*, Salamanca, AEMIC-GEXEL, 1998, 550 págs.).

Ha participado en seminarios, congresos..., celebrados en España y en el extranjero. Forma parte de varios consejos de redacción de revistas y ha coordinado diversos encuentros científicos, así como la realización de dos documentales audiovisuales sobre los exiliados españoles de 1939 en el mediodía de Francia.

Entre sus libros publicados: *La revista Filosofía y Letras. Aproximación a la vida universitaria en las primeras décadas del siglo XX* (Madrid, Fundación Universitaria Española, 1981, 266 págs.), *Política del nuevo Estado sobre el patrimonio cultural y la educación durante la guerra civil española* (Madrid, Ministerio de Cultura, 1984, 391 págs.), *El Archivo de la República Española en el exilio, 1945-1977* (Madrid, Fundación Universitaria Española, 1993, 215 págs.), *Los niños de la Guerra de España en la Unión Soviética. De la evacuación al retorno, 1937-1999* (En colaboración con Encarna Nicolás Marín y Roger González Martell, Madrid, Fundación Francisco Largo Caballero, 1999, 348 págs.) y *Disidencias en el franquismo, 1939-1975* (En colaboración con Encarna Nicolás Marín, Murcia, Diego Marín, Lbrero Editor, 1999, 176 págs.).